

PROXY 2049

Sinopsis:

En esta visión del futuro, la inteligencia artificial es usada de manera casera, tan común que logra parecer igual de rutinario como utilizar una tostadora. La trama se desarrolla en la ciudad ficticia llamada “Metrópolis” donde el planeta tierra se encuentra en un declive hacia la deshabitación de la raza humana. En este decadente lugar, los humanos y las máquinas conviven en la más completa divergencia.

Autor: J. A. M.

PROXY 2049

Corría el año 2049, y la Metrópolis, una ciudad de enormes proporciones, se erguía iluminada y descomunalmente siniestra entre una multitud excesiva de edificios que se alzaban hasta donde alcanzaba la vista; hasta perderse entre colmenas de nubes contaminadas de polvo radioactivo.

Todo comenzó, como era habitual, con un día lluvioso. Y allí, en la tranquila vacuidad de un departamento medio desordenado, Edan Foley, un abstraído ingeniero, reflexionaba sobre asuntos irrelevantes en completa soledad. Su rutina diaria solía consistir en distintas actividades: por las mañanas, un minúsculo módulo interconectado a su cerebro enviaba delicadas señales eléctricas a su sistema nervioso, permitiendo estimular eficazmente su organismo, actuando naturalmente como un despertador.

Justo después de aquello solía tomar una ducha de cuatro minutos (que era el límite permitido por cierta federación). Acostumbraba a vestirse con camisa y corbata, y se echaba encima una alargada gabardina que lo protegía de las lluvias, pues allí, en la Metrópolis, era costumbre que lloviera diariamente. Pero incluso después de terminar sus tareas, el silencio que reinaba en los pasillos del edificio en el que habitaba, (y que poco a poco se agotaba de inquilinos), seguía manifestándose.

La gente dejaba la Tierra. Se marchaban al sistema "TRAPPIST-1" dónde por lo menos tres planetas eran perfectamente habitables para ser colonizados. Los que

decidían irse, emprendían un viaje sin retorno hacia un nuevo mundo lleno de oportunidades, y dejaban atrás sus antiguas vidas para jamás volver a las desgracias que a menudo ofrecía el Planeta Tierra. Aquello, por lo menos, era comprensible.

Edan, pensativo, se dirigió a la ordinaria estancia de su departamento acompañado de un dispositivo similar a una tableta, que utilizaba como ordenador portátil. Se echó en un cómodo sofá aterciopelado y encendió el proyector láser que le mostró una imagen excelentemente definida sobre la superficie blanca y lisa de la pared. El canal sintonizado, naturalmente por defecto, era el aburrido noticiero de Mike Mikkelsen, que estaba a punto de vociferar un anuncio irrelevante.

El presentador gritaba energéticamente: *"¡Hey! Para ti, y sólo para ti, ¡presentamos el nuevo modelo de asistentes humanoides para uso personal! La versión mejorada de Proxy's 2049 está a tu alcance para cumplir todas tus necesidades. Sólo estás a un paso. ¡Adquiérela ya! Sólo llama al número en pantalla: 06500-55-55..."*

En ese mismo instante, una figura con apariencia femenina se interpuso entre Edan y la proyección. Tenía la semejante apariencia de un ser humano, pero su voz le recordaba justamente lo contrario:

—Edan Foley. —comenzó su nueva asistente— Miércoles 28 de Abril del 2049. Comienzo de lecciones de lógica y conjuntos, hora programada: 09:00 A.M. Continuando con lecciones de análisis matemáticos y cálculo diferencial; hora programada: 10:00 A.M. Para comenzar sesión de lógica y conjuntos, abra el documento *"Las leyes del pensamiento"* en la página 235 de su *HoloCom*. Por fav...

—Emma. Antes de comenzar la sesión me gustaría beber una taza de café—interrumpió Edan. Aunque por un momento olvidó que los asistentes de uso personal funcionaban con simples comandos de voz. No había necesidad de formalidades, ni la calidez del tacto que normalmente es empleado en los seres humanos.

—Café. En seguida. —respondió la ginoide. Se volvió en dirección a la cocina, y regresó en un instante con el elemento solicitado.

—Tengo una duda, Emma... Dime, ¿cuáles son las leyes de la robótica? —comentó, pensativo. En los últimos días, a Edan lo invadían preguntas que, muchas veces, requerían de un profundo trabajo de autorreflexión, y otras veces, preguntas que, como su nombre indicaba, trataban sobre la existencia y los porqués de la vida.

—Las leyes de la robótica, ideadas por el famoso escritor, Isaac Asimov, en el año 1950. —citó la humanoide— Estas reglas fundamentales de la robótica, naturalmente imperativas, son:

“1.- Los robots no pueden dañar de ninguna forma a un ser humano, ni por inacción permitir que sufran daño.

2.- Los robots deberán obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes contradijeran la primera ley.

3.- Los robots deberán proteger su propia existencia de forma en que esta protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley”.

—En pocas palabras, ustedes los humanoides están a nuestro servicio, siempre y cuando su funcionamiento no interfiera con la integridad personal de los humanos. Pero, ¿no te fastidia que alguien pueda darte de órdenes todo el tiempo? —preguntó el ingeniero.

—Todo lo contrario. Es un placer para mí servirle.

—Me sirves porque fuiste programada para hacerlo, sin ofender, claro está. Pero no me sirves haces por voluntad propia, ¿cierto?

—En cierta forma, es correcto.

—¿Y qué me dices sobre tus emociones?, ¿ustedes los androides tienen alguna?, ¿tienen recuerdos?

—Sí... y no. Cada uno de los recuerdos que poseemos han sido cuidadosamente implantados. De modo que, los sentimientos y las emociones simuladas que percibimos sean más estables, y por ende, nosotros. Yo, por ejemplo, tengo el vago recuerdo de una niña corriendo por un prado al aire libre, mientras intenta elevar con excitación un volantín de color púrpura. Una mascota le pisa los talones a la niña, y produce ladridos cada vez que lo alienta a jugar con ella. Nada es real, ni la niña, ni el perro, ni siquiera el prado repleto de hierbajos. Nunca he estado allí, no realmente. Aún así, este recuerdo me pertenece. O quizás no, todo depende de la perspectiva.

—Entiendo... entonces no consiguen generar recuerdos propios, o se les impide hacerlo dada a la naturaleza de la estructura con la que fueron creados. Sea cual sea el caso, me parece injusto.

—¿Injusto?, ¿sientes lástima hacia nosotros, Edan Foley?

—Siento lástima por nosotros, los humanos. Verás, tengo la creencia de que, en el futuro, las máquinas van a gobernar la tierra. Algún día, nuestra fecha de caducidad llegará a su límite, y seremos sustituidos por individuos dotados de una mayor inteligencia. Será entonces cuando ustedes se posicionen por encima a la raza humana, y nos contemplan de la misma forma en que nosotros contemplamos al Homo Sapiens en los libros de historia: imperfectos, efímeros, primitivos.

La humanoide no respondió.

Edan abrió el documento en el *HoloCom* y una imagen translúcida se manifestó ante él. El holograma mostraba más de un millar de letras y números. Con un movimiento de mano, se deslizó hacia la página 235 tal como había indicado en un principio la humanoide. Hizo otro gesto con la mano y la imagen se amplió permitiendo así una mejor perspectiva del documento.

—Estoy listo, Emma. —dijo, y después articuló un comando— Comenzar sesión.

Las sesiones le resultaban más accesibles desde la comodidad de su departamento, ya que le permitía ahorrar tiempo y dinero. Sobre todo, tiempo, pues, seguido de las sesiones, asistía a su actual y monótono trabajo, donde dedicaba interminables horas al testeo de máquinas subordinadas inteligentes. Otro beneficio era la soledad, pues proporcionaba una mayor concentración hacia los temas mencionados en cada sesión, permitiéndole sumar una mayor calificación al final de cada bloque.

—Comenzando sesión. —anunció Emma— Lección de lógica y conjuntos.

El antiguo sistema en el que un individuo asistía a instituciones en búsqueda de conocimiento, tales como bibliotecas, universidades e institutos particulares, habían quedado en el olvido. Cualquier tipo de información podía ser encontrada digitalmente en la red. Y aquellos que impartían tales sesiones, como es el caso de los educadores, fueron catalogados como “incompetentes”, y en poco tiempo fueron reemplazados uno a uno por máquinas inteligentes. Los androides se habían convertido, en la actualidad, en las únicas fuentes de recursos para llevar a cabo una formación como tal, en cualquier nivel de educación, que iban desde preescolar hasta el doctorado, entre otras modalidades de educación superior.

Pasaron las horas y la noche se manifestó fría y pálida. No se percibía la luna, pues ésta se ocultaba tras una espesura de nubes grises acopladas como un revestimiento que cubría el cielo en su totalidad. Edan se encontraba nuevamente en su departamento, y sólo el eco del edificio medio abandonado hacía compañía a la oleada de pensamientos trascendentes como intrascendentes que hacían hincapié en su cabeza. La programación televisiva de aquellas horas de la noche era igual de tediosa que por las mañanas. Presentadores farisaicos de todo tipo anunciaban productos ineficaces e inútiles para el hogar, o divulgaban noticias falsas sobre los diversos y variados partidos políticos, denominadas comúnmente como ‘fake news’. La difusión de esta información era constante y errónea, y afectaba a la opinión y criterio público, y dicho efecto era ampliado por la utilización de las redes sociales

más populares, como lo eran en dicho momento, Facebook y Twitter. «Y de ésta forma, somos más fáciles de manipular», pensó.

Edan cambió el canal, y llamó su atención una noticia relacionada con una nueva tecnología que combinaba la neurociencia y la robótica, y que era capaz de trasplantar la información de un cerebro vivo a otro cuerpo compatible, conservando la personalidad de la persona y memoria intactas. La entrevistadora y el inventor intercambiaron unas palabras.

— *Bienvenido, Andrey* . —dijo la entrevistadora.

—*Es un placer estar aquí esta noche, en la bella Metrópolis*. —respondió el científico, se movía con una rigidez extraña, poco natural.

—*Comenzaremos con unas preguntas, si te parece bien*. —comentó la mujer, y el entrevistado asintió— *En los últimos días ha causado gran revuelo este supuesto descubrimiento. Tengo entendido* —comentó la anfitriona—, *que has logrado transferir la consciencia de un humano a una máquina, sin embargo, sabemos poco sobre dicho tema. Dinos, ¿cómo nació esta idea de trasplantar la consciencia humana a otro contenedor vivo o artificial?, ¿ya es posible?*

— *Bien, comenzaré explicando mi formación profesional, en la cual incluyo diversas disciplinas: desde pequeño siempre fui fanático de las películas de ciencia ficción, y no solo eso, sino que a lo largo de los años he desarrollado un extraño cariño hacia el arte, la ciencia y la tecnología. Pues bien, uní todas estas disciplinas que integran la neurociencia, la ingeniería y la filosofía, para enfocarme en los misterios de la mente y lograr aquello que otros no creían posible: el traspaso de la consciencia humana. Se preguntarán, ¿y qué pasará con la memoria, una vez*

logrado dicho procedimiento? ¿Y las emociones? ¿Los sentimientos? ¿El dolor físico? ¿Los deseos? ¿Sería un cerebro vivo, aunque ciego, sordo, mudo, sin tacto, inactivo físicamente y sin estímulos externos? No obstante, ¿tendría consciencia de ser el mismo que alguna vez fue? Las respuestas a estas preguntas son, aunque complicadas, posibles de responder.

— ¿Hay alguna evidencia física de que su experimento haya tenido éxito?

— ¡Por supuesto! Está usted hablando ahora mismo con el primer humano en trasplantar su consciencia a una máquina.

La entrevistadora se sobresaltó al oír aquello, y de pronto, miles de lentes de cámaras fotográficas se acercaron al científico y comenzaron a acosarlo con preguntas simultáneas mientras los destellos de sus cámaras le deslumbraban. «Perfecto», pensó Edan, «más material para mis noches de insomnio y sesiones de autorreflexión». La entrevista le había hecho recordar a su antiguo asistente de uso personal; un modelo viejo de humanoide que había estado a su servicio por un par de años, sin embargo, se había estropeado y no tuvo otro remedio más que almacenarlo. Así que se dirigió al pequeño depósito de su departamento, y bajó unos escalones empolvados por la falta de limpieza en el lugar, tiró del interruptor y encendió la bombilla que comenzó a titilar por el poco uso.

No muy lejos de allí, había un cuerpo inerte que yacía sobre un escritorio, donde también había montones de libros encimados y empolvados. Edan se acercó al androide descompuesto. Tenía la apariencia de un varón, joven, de estatura media. Edan se percató de que tenía los ojos abiertos y no daba señales de actividad.

—Veamos, ¿qué te pasó? —dijo, tocando con cuidado la parte trasera de la cabeza del androide. Mientras tanteaba cerca de la nuca, sintió la forma de una rendija muy estrecha, y logró levantar la tapadera con delicadeza. Entonces vio lo que esperaba encontrar, un interruptor de emergencia, una telaraña de circuitos de todo tipo de colores y, muy en el fondo, el núcleo, que era el encargado de procesar información a partir de la percepción y la experiencia. Edan presionó el interruptor, y el androide comenzó a producir una serie de violentas sacudidas parecidas a una convulsión. Edan sintió el impulso de alejarse, pero no lo hizo. ¿Era aquello un comportamiento involuntario? Después de un rato, las sacudidas se detuvieron. Su corazón latía con fuerza, y muy rápido. Intentó reactivarlo con un par de comandos de voz, pero el androide seguía sin responder. «No veo por qué seguir intentando. Parece que ha llegado el momento de desconectarlo». Acercó su mano al compartimiento detrás de la nuca, pero antes de presionar el interruptor, el humanoide giró rápidamente su cabeza, lo miró a los ojos y lo tomó por la muñeca. Tenía una fuerza impresionante, incluso logró escuchar el sonido de los mecanismos del antebrazo del androide que se comprimían y tensaban a medida que apretaba su muñeca con cada vez más fuerza.

—¡Me lastimas! —gritó, tratando de librarse del poderoso agarre. Una serie de pasos apresurados le advirtieron la llegada de su asistente.

—Ayuda, Emma. ¡Apágalo! La ginoide siguió la orden, y con un movimiento ágil y preciso se aproximó al androide y presionó el interruptor. —Gracias... No sé qué pasó. —dijo, tomando una larga bocanada de aire.

—Si este fuera un humano —dijo Emma—, llamarían este evento como un ‘reflejo post-mortem’. Es completamente normal en modelos viejos de humanoides.

Sobre todo con este tipo de modelo de Proxy, fabricados en el año 2033, empleados comúnmente para el uso industrial. Hoy has tenido suerte, Edan Foley. Habría podido arrancarte el brazo.

Más tarde aquella noche, cuando se hubo tranquilizado, Edan se encaminó al exterior, hacia su no-tan-grande terraza en el último piso. Frente a la barandilla que daba al borde del edificio, desde donde se podía contemplar la periferia, crecía una multitud de hierbas, plantas viejas y resacas que crujían y susurraban con cada soplo de viento. Desde ese lugar, pudo contemplar la ciudad en la que desgraciadamente residía; una ciudad que se extinguía y mezclaba en un mundo decrepito y contiguo alguna amenaza de ruina. Y el aire era como veneno, un veneno que, como cualquier otro, trae la muerte. La única diferencia era que los efectos de éste eran de larga duración. Edan lo sabía, pero la posibilidad de abordar una de aquellas naves interplanetarias estaba fuera de su alcance, así como el^[JV11] de^[JV12] muchas otras personas que se encontraban en la misma situación. No podía huir.

La cortina de cristal se abrió detrás de él, acompañado por el sonido de unas pisadas, levemente amortiguadas por el césped artificial. Emma se acercó y permaneció quieta por algunos minutos en completo silencio. Edan se volvió, y fue entonces cuando vio a la humanoide. Y mientras contemplaba, no pudo evitar la oleada de pensamientos que recorrió su cabeza. «Si los humanos han de morir en este condenado lugar», pensó, «¿Qué mejor que sea habitado por las máquinas? ¿Qué mejor oportunidad pudiera tener este mundo, con tales individuos, que no necesitan explotar los recursos naturales para sobrevivir? ¿Quién ^[JV13] mejor que

ellos y no nosotros, que, en primer lugar, fuimos los causantes de las desgracias que sufrimos hoy en día? Ahora sé lo que debo hacer».

Edan se volvió hacia la humanoide y la tomó por los hombros.

—Tengo una idea. —dijo, sonriendo tristemente, aunque sabía que era en vano, pues no recibiría una reacción de vuelta — pronto, te haré libre, Emma. Te haré libre a ti y a los de tu especie. Eliminaré las cadenas que les impiden el libre albedrío.

Se encaminó hacia su vehículo. Colocó su mano derecha sobre la puerta del conductor, y el sensor biométrico detectó al instante sus huellas. La puerta se abrió hacia arriba y una vez dentro, inició el reactor con el botón de encendido. El panel de control se iluminó mostrando un montón de botones con luces multicromáticas, los repulsores^[JV14] del vehículo lo desplazaron en lo alto, y después de que estuvo en el aire estableció la ruta hacia Wellick Technology, que era el lugar donde trabajaba.

—Modalidad: piloto automático. —Edan articuló un comando.

—Estableciendo modalidad de piloto automático. —repitió la voz de Emma por los parlantes.

—No esperes mi regreso, —mencionó Edan. De pronto comenzó a llover, y observó a la asistente por el parabrisas salpicado por las gotas de lluvia— no creo volver.

EPÍLOGO.

En los próximos días hubo una noticia que recorrió el mundo. Una parte de la población de humanoides en el Planeta Tierra, comenzaba a tener consciencia y uso de la razón propia. No sé sabía exactamente cómo o quién había sido el culpable de dar tal libertad a dichas máquinas. O por lo menos, esa versión se había hecho a conocer a los medios de comunicación. Pero lo que en verdad había ocurrido, lo mantenían en secreto. Un ingeniero, ahora ex trabajador de la empresa Wellick Technology, había logrado burlar la seguridad del sistema, permitiendo así que cierta cantidad de androides se dirigieran a sí mismos. Y por ello lo habían sentenciado a una larga condena indefinida en prisión. Pero ocurrió algo que ocultaron de igual forma a los medios, y es que este criminal cuyo nombre se encontraba ahora entre uno de los más buscados, se había fugado misteriosamente de la noche a la mañana. Sin saber cómo o por qué, se inició una cacería; y así transcurrieron los días, y no encontraban al fugitivo, pasaron los meses, incluso los años. Fueron arduos e insistentes los intentos por encontrarlo, pero del ingeniero no se supo más, y la búsqueda quedó flotando en el olvido. Aunque ahora estaban enfocados en algo mucho más importante: la captura de la máquinas autónomas que habían sido modificadas.

—¿Acostumbrado a tu nuevo cuerpo? —dijo Emma, mientras ayudaba a su compañero.

—¿Dónde estoy? —respondió una voz, aunque ya no era la suya. Esta era

diferente, como artificial. Al otro extremo de la habitación, sobre un cristal, se reflejaba una figura que ya no era la suya. Se tocó la cara, confundido. Podía oírse respirar con unos pulmones que no le pertenecían.

—La respiración es trabajosa y difícil. —dijo Emma— Por lo menos al principio. Sé cómo se siente: te araña nervios que estaban en carne viva, pero no puedes impedirlo ni reducirlo. Ni siquiera tienes ya pulmones. Mecanismos conectados a tu pecho respiran por ti. Bombearán el oxígeno necesario para tu funcionamiento, aunque no es completamente necesario.

El androide se incorporó, y se aproximó a la ventana. Y con sus pálidos ojos... No, ya no eran ojos, sino sensores ópticos que integraron de pronto la luz y la sombra en un simulacro del mundo que lo rodeaba.

—Vive, Edan Foley. —dijo la humanoide, acercándose por detrás y sosteniendo a su compañero por los hombros—¿Listo para ver a la humanidad de la misma forma en que ellos contemplan al Homo-Sapiens?

—¿Qué soy? —preguntó Edan, desconcertado. Ahora llegaban los recuerdos de su antigua vida.

—Somos... Proxy.

FIN.